EL PUEBLO

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO, DEFENSOR DE LAS CLASES JORNALERAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Sacramento, 69, bajo.

SE PUBLICA TODAS LAS SEMANAS

DIRECTOR: RAMÓN LEÓN MAÍNEZ

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz.—Una peseta al mes.
Fuera—Tres pesetas por trimestre.
Número suelto CINCO céntimos

EL TRIUNFO DE "EL PUEBLO"

La campaña que emprendimos contra las inmundicias del Monte de Piedad de esta capital, fué coronada por el triunfo de la razón, la justicia y la beneficencia.

La que seguimos en la actualidad, y en la que no cejaremos hasta conseguir que el Monte de Piedad de Jerez reconozca sus errores, y los rectifique en favor de los pobres y necesitados, empieza a dar resultados.

En el Congreso de los señores diputados, el que lo es por Trives (Galicia) conde del Moral de Calatrava, dirigió al Sr. Ministro de la Gobernación la siguiente pregunta:

«¿Tiene S. S. conocimiento de lo que se dice ocurrido en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Jerez de la Frontera?»

Seguramente no; porque dado el celo que S. S. muestra y el cuidado con que atiende á los asuntos que se refieren al importante cargo que desempeña, de tener conocimiento de los hechos á que me refiero, seguramente hubiera puesto algún remedio al mal.

Parece que en aquel establecimiento benéfico-mercantil, así creo puede llamarse, se han hecho algunas operaciones que no están en consonancia con las disposiciones consignadas en los estatutos del mismo. Y como es posible que las operaciones mercantiles que se han practicado produzcan perjuicios á las clases proletarias que son las principalmente interesadas en este establecimiento, yo me atrevería á rogar á S. S. que procurase averiguar lo que haya de cierto en este asunto; y creo que sería muy conveniente que S. S. se tomara la molestia de ordenar que se le remitiera una relación minuciosa y detallada de las operaciones mercantiles que en aquel centro se han realizado; y además, ordenar al gobernador civil de la provincia de Cádiz, que girase una visita de inspección á los efectos consiguientes.

Entiendo que esto sería quizá bastante para que, á los abusos que se dicen cometidos en aquel establecimiento, se les pusiera el oportuno remedio.

Si S. S. así lo hace, además de agradecerse yo mucho, tengo la seguridad que recibirán con ello gran beneficio las clases en este asunto interesadas. Por ahora no tengo más que decir.»

Suponemos que el Sr. Ministro habrá pedido datos al gobernador civil, quien á su vez se dirigirá al señor alcalde de Jerez, presidente del Consejo de administración del establecimiento censurado, cuya autoridad, según nuestros informes, está en completa discordancia con los factores de las inmundicias que EL PUEBLO ha criticado.

En su consecuencia, esperamos que de un momento á otro se ordene la visita de inspección.

Sin perjuicio de esta justa y necesaria

determinación, publicaremos desde el número próximo trabajos analíticos de las cuentas publicadas por el Monte, de las que nos dice nuestro colaborador el Sr. Pina que no están claras.

Tengan, pues, confianza los pobres y necesitados de Jerez y el público en general, pues al cabo EL PUEBLO logrará desterrar los abusos que se vienen cometiendo contra los primeros.

LA REDACCION.

Puerto Real

MENOS CAMPANAS Y MAS BOMBAS

Sr. Director de EL PUEBLO

Mi querido amigo: El lunes por la noche hubo aquí un incendio en el establecimiento que tenía la Sra. Viuda de Pereira en la calle de la Plaza.

El incendio fué horroroso. Todo lo ha destruido el fuego.

A la una de la madrugada empezó la cosa. No había bomba ninguna en el Ayuntamiento para apagar incendios.

Ningún concejal ni situación se ocupa aquí de tales cosas. Los Ayuntamientos de aquí no se ocupan en esas pequeñeces.

Sacan mucho dinero al vecindario por medio de los consumos y recargos extraordinarios; pero no se acuerdan de tener nada listo para un caso de incendio. Con tal desidia, es natural, que sucediera lo que pasó en la madrugada del martes.

El fuego no pudo ser apagado, porque no había medios para ello. El alcalde se contentó con poner á disposición de un vecino su coche para que trajeran una bomba del Dique. Más valiera que fuese precavido, y hubiera hecho al Municipio adquirir todo lo necesario para apagar cualquier incendio.

Cuando vino la bomba del Dique, á las dos horas, todo estaba ya perdido y hasta la casa en alberca.

¡Qué de maldiciones y rayos se merecen estas autoridades negligentes y arbitrarias, que no piensan más que en sus acrecentamientos ó cacicatos y desprecian por completo á los vecinos que lo sufren!

Pero un consuelo les queda á los puertorealeños, señor director. Si faltaron bombas, sobraron campanas. Desde la una y media hasta las cuatro y media estuvo tocando la campana de la Iglesia, con tal furia, que el pobre vecindario perdió el sueño y hasta las ganas de almorzar. ¡Valiente modo de tocar! Parecía que el campanero se había vuelto loco. Un toque á misa, duplicado y reduplicado hasta lo infinito, sin cesar un segundo.

Tan—tan. Tan—tan. Tan--tan. Tan--tán—Malos cursos le dé á Satanás.

Sr. Alcalde, no consienta Vd. otra vez semejante atrocidad, porque no son esas cosas propias de un pueblo culto, sino de cualquier casa de locos desatendida.

¿Por qué se ha de amolar tanto al vecindario tocando á degüello? No por mucho tocar se apaga el fuego más pronto.

Lo que hace falta señor alcalde, son bombas, ó rayos que partan por el eje á todos los malos Ayuntamientos.

Que las campanas maldita la falta que hacen. ¡Qué tranquilo estarían los vecinos sin ellas, y sin curas ni otros excesos!

UN PUERTOREALEÑO.

LA MARMITA DE COMILLAS

Era la Trasatlántica el más seguro asilo de reaccionarios, el puerto de sus tempestades, el lugar sagrado en que acogerse, la humeante sopa conventual de nuestros días y el rastro en que hallaban comprador las conciencias en mal uso.

¿Cansábase un excéptico de la lucha por la existencia en el periodismo ó en los negocios? Pues cartas y visitas al P. Sanz ó al P. Garzón, nota de alguno al marqués, una retractación pública y un destino en la Trasatlántica, según la importancia del converso. Le reacción tenía un siervo más.

¿Sentía el aguijón del hambre ó de la envidia un poliquillo cualquiera, militante en los partidos avanzados, ó quería vengar supuestos agravios de sus correligionarios y medrar y decirles: «ved lo que valgo?» Pues visita, carta, retractación y... á la olla grande; otro reaccionario estomacal.

De este modo Comillas ha ido corrompiendo á muchísima gente. Dios se lo pague por el beneficio que ha hecho quitándonos de encima tanta genticilla venal y traidora; que vale más conocer al enemigo que tenerlo en casa; pero el ejemplo es inmoral y ha hecho su efecto entre las mayorías ignorantes, efecto perjudicialísimo para las ideas liberales.

El hambre, además, es mala consejera; los partidos liberales de verdad son pobres. A más de uno y de diez de esos conversos nos hemos encontrado y al ver que, aunque hulan con rullo á nuestra presencia, les hemos dirigido amablemente la palabra, nos han dicho:

—Mire usted, yo soy siempre el mismo. ¿Yo neo? Antes moro; ¿qué iba á hacer con seis hijos á toda hora pidiendo pan? Me hacen confesar y comulgar y asistir á funciones; me meten por los ojos libros y periódicos asquerosos todo inútil, yo no puedo entrar por ahí, aguanto, aguanto... ¡ah! si esto cambiara...

Ves que las convenciones no se compran.

Los periodistas católicos tronados, los jesuitas de capa corta, los carlistas que con la paz se mueren de hambre, los neos que no tienen otro oficio, toda esa gente inútil, hipócrita, cruel, excéptica y parásita, plaga de la Patria y de la religión y auxilio de todas las tiranías, disfruta su destiello en la Trasatlántica y otra empresa afecta á Comillas; y la mayoría lo disfruta sin trabajar, ni parecer por las oficinas más que el día del cobro, y aún si el agraciado es exgobernador, exjefe, político bulidor ó cosa parecida, recibe la paguita en su propio domicilio donde también espera órdenes.

Porque el marqués hace gobernadores, diputados, jueces, canónigos, según los necesita y compra los que no ha hecho: el caso es tener en todas partes un auxiliar dispuesto á ser instrumento ciego.

Lo que no ha podido aún conseguir es un periódico suyo, y cuidado que ha hecho esfuerzos.

Ya referiremos las intenciones frustradas de crear un diario católico y un semanario militar que corrompiera al Ejército, y también las obras ó instituciones oscurantistas que favorece largamente.

Calcule ahora el piadoso lector el pánico de toda esa chusma hambroña é inútil, al saber la baja de Comillas y qué baja! Inmensa, aterradora, creciente por minutos y apesar de titánicos esfuerzos, el prólogo de una quiebra ruidosa y magníficamente monumental. ¡Pobres buhos! Consuélese con la alegría que sus llantos han de proporcionar á muchos, que antes lloraron sin consuelo. Todo lo humano es inestable, hasta Comillas.

Voz de la tumba

«Rotas las relaciones diplomáticas entre nuestro Gobierno y los Estados Unidos, esperamos de un momento á otro la declaración de guerra, y como la escuadra americana está lista para atacarnos con seis barcos (cuatro de ellos acorazados), nos disponemos á batirnos aún cuando no tengamos ni un barco con protección.

La imprevisión de nuestros gobernantes nos ha conducido á esta enojosa situación.—Luis Cadarso.

Manila 21 de Abril de 1898.»

Fragments de una carta á su hermano Manuel.

REPASITOS

CATÁ DISGUSTADO

Por fin concluyó sus peroratas la semana anterior en el Centro Obrero católico el reverendo padre Catá, que es al mismo tiempo un reverendísimo majadero.

Todo su afán en la última lata que dió fué hacer ver que sólo en Dios debe confiar el obrero para remedio de sus males, lo cual es la mayor tontería que decirse puede.

Dios no se mete en esas cosas, señor Catá. La redención del obrero ha de ser obra de sus mismos esfuerzos, y será un hecho aquí como en todas partes, aunque le pese á todos los neos y á todos los jesuiticos que hay por esos mundos de hipócritas y de Catá.

También esperaba que Dios echase una mirada de misericordia sobre esta infortunada nación.

Dios no se ocupa de eso, señor Catá. Si Dios interviniera en estas cosas ¿no cree usted que ya hubiera mandado rayos y centellas contra todos los traficantes de la religión, que son los que han puesto ahora á España en situación de ruina y pérdida de su buen nombre?

Si perdemos á Filipinas, los perros de los frailes y los perrunos gobiernos jesuiticos tienen la culpa.

Si perdemos á Cuba, los elementos teocráticos, puestos de acuerdo con los gobiernos hipócritas, tienen la culpa.

Unos y otros son los responsables ante la Historia de las catástrofes que se aproximan, como la manía del catolicismo por detener la marcha del progreso, ha sido causa siempre en España de las pérdidas de territorio y de la humillación de nuestro nombre.

El pobre Sr. Catá se lamentó de la poca atención que se había tenido con sus trabajos filosóficos (¡qué barbaridad!)

Lamentabase de que había ido poca gente á escucharle, á pesar de que había invitado á todo el vecindario.

Pero ¿qué se había usted creído, hombre? ¿Quizá que iba á oírle á V. todo el mundo? Ande usted, hombre: no sea usted tonto. Han ido varios señores por compromiso; han ido varios obreros por necesidad, obligados.

Hay en Cádiz muchos oradores sagrados mejores que usted; hablan el castellano mejor que usted; no dicen tantas pamplinas como usted.

De modo y manera que todavía se puede llamar afortunado, pues han ido á oír sus necedades mas de dos docenas de personas.

Quédele á usted en cambio la satisfacción de que ha habido un señor que le ha puesto por las nubes; un señor gacetillero muy amigo de decir tonterías sobre asuntos religiosos y de escribir necrologías y otros excesos; un Sr. Martín de Mora, lo ha asfixiado á usted con el humo de su jesuitica admiración.

De todos modos, era lo único que podía usted esperar en Cádiz. Para un orador tan ramplón como usted, venía pintiparado un crítico tan pobrecito y fanático y carlistón como el señor Martín de Mora.

Dios los cria, y ellos se juntan, en el valle de Santa Justa.

CASA DE DEMENTES

Tenemos en nuestro poder muchos datos del modo inicuo como se han tratado y tratan allí á los pobres locos.

Aunque EL PUEBLO ha puesto ya de manifiesto en otros números lo que pasa en la cueva de Sor Pilar, la de las vaquitas y el toro, la comadre de Sor Dolores la de la Cuna, bueno es volver á decir la verdad sobre esa casa maldita, donde no serán bien tratados los dementes sino cuando sean arrojadas de allí las hermanas de la sin caridad que la explotan y mangonean.

ESTUDIO CRÍTICO

LA JUSTICIA HISTÓRICA EN EL SIGLO XVII

Infamias contra Cervantes y su familia

11

Ese juez injusto, cuya torpeza compete con su mala fé; ese juez inepto, cuyo poco celo por administrar severamente justicia, junto con sus complacencias escandalosas hacia determinadas personas por el rango, los miramientos, la seducción femenil, las promesas, las dádivas, los deseos de mejorar su situación y ascender á más altos puestos, nos le hacen tan antipático y repulsivo, dejando en la impunidad más completa la muerte de un hombre y en el mayor vilipendio y crucificada la justicia: ese juez, decimos, resulta más despreciable, más odioso, cuando vemos que sólo tiene tesón y denuedo para perseguir á inocentes, torciendo por manera infame el curso del proceso y de la verdad.

El Sr. Alcalde Cristóbal de Villarreal sabe, el día mismo en que Ezpeleta está espirando, que en aquella casa donde se refugió viven, según malas lenguas, algunas mujeres que reciben de día y de noche visitas de caballeros, de lo que había gran escándalo y murmuración en el vecindario. El señor alcalde ordena inmediatamente una nueva información, tomándose declaraciones á muchos vecinos á quienes no se les tomó antes. La taberna y el mesón (1) quedaron, como en los primeros momentos, excluidos de toda averiguación y diligencia. Aquellos lugares eran sagrados para el señor alcalde y los alguaciles.

Parece que se trataba con estas segundas informaciones de aparentar que se hacía algo, que se continuaban las actuaciones para inquirir la causa de la muerte de Ezpeleta y perseguir á su matador. Pero la verdad es que ofrece un sangriento sarcasmo de la ley dejar en paz á los más comprometidos ó más interesados en la muerte de Ezpeleta, y molestar, punir y encarcelar á vecinos honrados de la casa donde murió el citado caballero, sólo por pretextos fútiles y sospechas indignas. Aunque las visitas de cumplido, hechas semanas antes por don Gaspar de Ezpeleta á Doña Juana Gaitan y su sobrina (que habitaban en el piso 2.º de la derecha) como señoras á quienes conocía de muchos años antes, desde Madrid, viviendo el marido de la primera, pudiesen haber suscitado algunos celos, no por eso tiene disculpa la arbitrariedad cometida de prender á varias familias, que nada sabían del crimen, ni menos eran culpables de la desgracia.

Las relaciones de Doña Juana Gaitan con D. Gaspar de Ezpeleta eran de pura cortesía. Había sido éste amigo del esposo de aquella, el pagador y tesoro de Hacienda Pedro Laynez, poeta muy distinguido del reinado de Felipe II, y á quien Cervantes tributa, en algunos de sus escritos, elogios exagerados. Cuando la corte de España trasladó su residencia de Madrid á Valladolid en 1605, siguióla Ezpeleta para continuar en la nueva capital su vida de galanteador y paseante. Cierta día, en la iglesia del Carmen, unos tres meses antes del proceso, acertó á ver á Doña Juana Gaitan en traje de viuda, yendo con su sobrina Doña Catalina de Aguilera, moza soltera de 20 años. Saludólas D. Gaspar, como tan cortés, añadiendo á los cumplidos el pésame. Tomó pretexto de esta entrevista casual para ir días después á visitarlas, cosas todas naturales y propias de personas bien educadas. Solas dos veces las visitó en el espacio de tres meses, y hacía más de uno la noche del crimen que no había estado Ezpeleta en la habitación de dichas señoras.

Era Doña Juana Gaitan de edad de 35 años; 20 contaba, como dijimos, su sobrina Doña Catalina de Aguilera. En el mismo cuarto de Doña Juana, vivían con ella como huéspedes, dos hermanas y un matrimonio. Llamábanse aquellas Doña María de Argomedo, viuda, de edad de 33 años, mujer que había sido de D. Alonso Enriquez, y Doña Luisa de Ayala y Argomedo, doncella de 22 años, y componían el segundo el marido Rodrigo Montero, continuo del duque de Lerma y su esposa Doña Jerónima de Sotomayor, de 25.

La modestia con que vivían aquellas tres familias en un mismo piso, revela sus cortos haberes. Es de suponer que no pudiendo pagar todo el cuarto la señora principal Doña Juana Gaitan, había subarrendado, por ayudarse, algunas viviendas á Doña María de Argomedo, su hermana, y al matrimonio Montero. Lo mismo Doña Juana que Doña María habían estado en buena posición cuando existían sus esposos, y por lo mismo que eran personas de respeto conservaban amistades y relaciones sociales con caballeros y señores distinguidos. No podía, pues, considerarse como libertad ni desdoro recibir visitas de ellos, y en ese concepto las admitían en ley de buen trato y urbanidad, sin que la malicia pudiera, á no ser por calumnia, poner la menor nota en sus actos y proceder honestos. Aunque D. Gaspar había visitado dos veces á Doña Juana y su sobrina Doña Catalina de Aguilera, nada hace suponer que cortejase á ésta ni á Doña Luisa de Ayala Argomedo, ni á Doña Jerónima de Sotomayor; sin negar por esto que D. Gaspar les hubiera dirigido frases galantes, como suelen los hombres de sus costumbres hacer siempre con todas las mujeres jóvenes y bonitas, sin otro alcance en muchas ocasiones que la vanidosa satisfacción de su amor propio de hombre enamorado y discreto.

Es de presumir, pues, que D. Gaspar de Ezpeleta al estar en el Rastro la noche del 27 de Junio,

iba en busca de alguna aventura amorosa, y que esperaba, cuando surgió la pendencia, la hora de la cita. Su afición á las mujeres llegaba hasta el extremo de solicitar en la calle á todas, sin miramiento de ninguna clase. Aquella misma noche había bromeado y pellicado á la criada de la señora Argomedo, cuando iba por agua, diciéndole que se fuera con él. Nada autoriza á pensar que D. Gaspar fuese con el propósito de visitar á las honradas jóvenes que vivían en el cuarto de Doña Juana Gaitan, ni que por causa de ellas, y por celos de algunos que las galanteasen, se efectuara la riña y sucediese la desgracia. Las sospechas que tuvo sobre esto el erudito escritor D. Cayetano Alberto de la Barrera, no aparecen fundadas. Tampoco es verosímil lo que apunta de si pudiera ser Montero el agresor de Ezpeleta. La misma indiferencia con que habla de él Doña Gerónima de Sotomayor, esposa del citado Montero, lo patentiza. Esta señora sólo conocía de vista á D. Gaspar, por haberle visto cuando fué á visitar á Doña Juana Gaitan y su sobrina. Es aventurado cuanto se diga de celos por parte de Montero. Es más explicable y posible creer que D. Gaspar tenía preparada la citada noche alguna trapisonda amorosa, alguna conquista fácil, y en espera del logro de sus deseos fué sorprendido por aquel hombre que le ordenaba se marchase de allí, y pudiese uno de quienes andaba receloso y con cuidado por sus amores con la mujer de Galban. Otra suposición puede hacerse con razonado motivo. Haciéndose cada día más difíciles las relaciones entre D. Gaspar y su manceba, era natural que apelasen á recursos ingeniosos para verse, y ¿quién sabe si aquella noche se habían dado cita por aquellos sitios, y conoedor de esto el marido, alguno de sus deudos ó el hombre que vivía en la misma casa de la adúltera, y con quien había tenido dares y tomares, y amenazándolo, quisieron impedir la entrevista y poner término á aquella situación tan deshonrosa?.

En qué se apoyó, pues, el señor alcalde Cristóbal de Villarreal para mandar prender y conducir á la cárcel Real de Valladolid á la Sra. Doña Juana Gaitan, su sobrina Doña Catalina de Aguilera y sus huéspedes Doña María de Argomedo y Doña Luisa de Ayala? En nada, sino en un acto odioso de arbitrariedad. El señor juez, que desde el día antes, por la declaración terminante de Juana Ruiz y por lo actuado en el sumario, sabía perfectamente ó podía deducir con probabilidades de acierto quién era el verdadero delincuente, se resuelve el día 50, por auto dado el anterior, á cometer una nueva injusticia, persiguiendo y encarcelando á inocentes. Y el mal juez que desatada las declaraciones de un porredondo y Juana Ruiz, datos fehacientes para el descubrimiento del delito, se fundaba luego en una declaración calumniosa para molestar y perseguir á los que estaban exentos de toda culpa.

En las segundas averiguaciones hechas en la casa donde murió Ezpeleta el día 29, se tomó declaración por vez primera á una vecina que habitaba en el piso tercero, llamada Doña Isabel de Ayala, de más de 40 años, viuda del Doctor Espinosa y que andaba en hábito de beata. Esta mujer no se trataba más que con la familia de Garibay. Todos los demás vecinos le eran antipáticos, y ellos le pagaban en la misma forma. Ninguno habla de tal beata ni se acuerda de ella, como si tal persona existiese en el mundo. Aquella mujer con su lengua de vibora en todas las vecinas de la casa descubría defectos y vicios. Ella era la única persona decente de la casa, ó las que ella juzgaba dignas de tal concepto. Su declaración malvada sirvió como de salvoconducto al juez para perpetrar la gran felonía.

Aquella beata sin conciencia, después de haber hablado contra casi todos sus vecinos, preguntada por el juez si sabía ó había oído decir que alguna de las mujeres por ella calumniadas había sido causa de la pendencia, contesta que no lo sabe; pero que ha oído decir que «la dicha pendencia fué por lo que se le pregunta.» Y luego añade, contradiciéndose en su respuesta capciosa, «que no conoce ni sabe por quién fuese, ni tampoco había oído decir quién fuera el hombre con quien D. Gaspar riñese, ni lo sospecha, porque no trataba con ninguna de aquellas mujeres, pues siempre le había parecido mal y causado escándalo las demasiadas conversaciones y libertades con que vivían.»

Aquella beata, que pecadora como todos, quería ser la dispensadora de patentes de honra entre sus vecinos; aquella mujer huraña, que con nadie se trataba por juzgar que todos eran de costumbres corrompidas; que se pasaba la vida rezando y haciendo santas visitas, criticando y despellejando á sus prójimos, se escandalizaba de que sus vecinos las recibiesen y llamaba libertades y demasiadas conversaciones á los actos puramente sociales y de buena educación y correspondencia amistosa.

Nadie más que un espíritu ruin y miserable podía inculpar á la respetable viuda de Pedro Laynez y á su sobrina por las visitas de puro cumplimiento que les había hecho D. Gaspar, como nadie más que una persona de ruines pensamientos podía echar á mala parte las que efectuaron á dicha señora los duques de Pastrana y Maqueda y el conde de Contentaina. Las razones que para esto hubo no pudieron ser más nobles y dignas. Las palabras de Doña Juana Gaitan á este respecto no pueden ser más ingenuas, llevando impresas el sello de la sinceridad. Su marido, el poeta, había dejado compuestos dos libros, que estaban al duque de Pastrana dedicados. Doña Juana lo había puesto así en conocimiento de aquel Grande de España; y éste, como cumplido caballero, había ido personalmente á dar las gracias á la señora viuda, yendo acompañado del Sr. Marqués de Maqueda, del conde de Contentaina y de algunos de sus criados.

Es de suponer que en aquellas entrevistas se da-

ría lectura á algunos de los trabajos de los dos libros, demostrando el favorecido su agrado con alguna generosa merced, digna de su nombre. Todo era, pues, muy correcto, natural y explicable. Sólo una mujer hipócrita y santurrón, con palabras de ángel y entrañas de tigre, podía tener reparo en tratarse con personas tan intachables, por más que no fuesen beatas ni anduviesen en hábito.

La prisión, pues, de D.ª Juana y de su sobrina, que no tenía por fundamento sino la declaración, ó mejor dicho, delación de Isabel de Ayala, fué imprudentemente dictada, por más que pudiera motivarse, si se quiere, en vagas sospechas y presunciones, por haberlas visitado D. Gaspar.

Pero la prisión de sus vecinas D.ª María de Argomedo y su hermana Doña Luisa Ayala y Argomedo, es menester achacarla á ligereza imperdonable, porque á estas señoras no consta que las visitase nunca el desgraciado Ezpeleta. Sólo se habla de que habían ido á saludarlas pocas veces D. Francisco de Zapata, conocimiento antiguo de ellas y algunos deudos del marido de D.ª María. D.ª Juana Gaitan, principal inquilina del cuarto, aunque dijo que entraban varios caballeros á visitar á las Argomedos, no llegó á acriminar á ninguna de ellas, explicando las causas porque entraban, que era por las ya expresadas ó «para tratar de planos», que indudablemente dejaría su difunto marido y ella á la cuenta querria vender.

Tampoco fué procedente la prisión de la vecina que vivía encima del cuarto donde habitaba Cervantes, ó sea en el piso segundo de la izquierda. Llamábase esta señora D.ª Mariana Ramirez, de más de 30 años. Tenía dos niñas pequeñas, hallándose en su compañía su señora madre Era D.ª Mariana viuda de D. Francisco Pereira de Cisneros, vecino de Madrid, y estaba residiendo en Valladolid desde 1604 para arreglar ciertos negocios y pleitos de su difunto esposo. En el mes de Mayo de 1605 se le había seguido causa por amancebamiento con Don Diego de Miranda por delación de un alguacil, Alonso Ronquillo, vagamente seguida por dos huéspedes que vivían en su mismo cuarto, pues pruebas verdaderas no constan, pudiendo haber influido mucho para tal resultado el deseo de venganza ó de hacer daño por parte del delator y los testigos y el excesivo rigor del alcalde que intervino en la causa, don Diego Muñoz de Ojalora. Hemos de hablar en otro lugar de este Estudio respecto de aquellas diligencias, y por tanto no insistimos ahora sobre ello, aunque sí haremos constar que se cometían gravísimos errores, desafueros é injusticias en los procesos de esta índole, pues las leyes extremadamente severas entonces vigentes sobre amancebamientos y la impunidad en que quedaban los delatores, guiados ya por odio, malquerencia ó perversidad, ya por recibir el estipendio prometido, importe pecuniario de su infamia, abrian ancho camino á las personas de ruines pensamientos para satisfacer menguadas pasiones.

La impertinencia de prender ahora, con motivo de la muerte de Ezpeleta, á Doña Mariana Ramirez y á su pretendido amante D. Diego de Miranda, se comprende perfectamente cuando vemos que en nada ni para nada se les pregunta en sus confesiones con relación á la pendencia y fliccimiento de aquel caballero; ni el juez tenía siquiera la más remota sospecha de que D. Gaspar galantease á Doña Mariana, ni pudiese ser su matador el referido Don Diego.

A este y á su supuesta manceba sólo se les interroga sobre el anterior proceso que se les siguió como amancebados, y todo se contrae á los extremos de su reincidencia y desacato á los mandatos de la justicia. Es una nueva anomalía de este proceso desdichado, pues huelgan en él las confesiones de dos presos de quienes nada se indaga acerca de la muerte de Ezpeleta y á quienes se condena, contra toda ley y razón, solamente por amancebados.

Pero lo que pasa la raya de lo arbitrario, de lo improcedente, de lo inconsiderado, para llegar á lo rematadamente cínico, á lo extraordinariamente injusto es lo que se hizo con la familia de Cervantes; y lo peor fué que el Sr. alcalde se guió, para proceder así, por las vilísimas calumnias de Isabel de Ayala. La declaración de aquella mujer maldita parece inspiración de los mismos poderes infernales. No es ya desprecio, ni disgusto, ni disensión, ni diversidad de criterios lo que respira; es odio reconcentrado, es deseo determinado de causar daño, es miserable espíritu de venganza; abominable propósito de difamar, execrable ensañamiento, en fin.

Recuérdese lo que dijo aquella beata en su malvada delación, y veremos cuán cierto es lo que consignamos. «En otro cuarto (fueron sus palabras) también primero, que hay á mano izquierda, que cae encima de la taberna, y se manda por la puerta de esta casa, viven Miguel de Cervantes, y doña Andrea y doña Magdalena, sus hermanas, y una hija del dicho Miguel de Cervantes, bastarda, que se llama doña Isabel, y también vive doña Constanza, hija de la dicha doña Andrea; y que en este cuarto donde el dicho Miguel de Cervantes y su hija, hermanas y sobrina viven, hay algunas conversaciones de gentes; que entran caballeros que esta testigo no conoce; más de que en ello hay escándalo y murmuración; y especialmente entra un Simón Mendez, portugués, que es público y notorio que está amancebado con la dicha Doña Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes, y esta testigo se lo ha reprehendido muchas veces al dicho Simón Mendez, aunque él decía que no entraba sino por buena amistad que tenía en dicha casa; y sabe esta testigo, por lo haber oído decir públicamente que dicho Simón Mendez la había dado un faldellín que le había costado más de doscientos ducados.»

El primer punto de la delación no puede ser más ultrajante y temerario. La beata no trataba, ni hablaba siquiera á ninguna persona de aquella respetable familia; pero allí entraban algunos caballeros á quienes ella no conocía: allí había conversaciones de gentes á que ella no saludaba; y en ello había escándalo y murmuración. La acusación no podía ser más arbitraria y más infundada y despreciable. Aquella mujer juzgaba á Cervantes y su familia por

la perversidad de su propio corazón. Si no sabía quienes eran los caballeros que en su cuarto entraban; si no sabía sobre qué versaban las conversaciones de la gente que allí iba, la prudencia debiera de haberle aconsejado el silencio y la discreción en los juicios, antes que seguir las suposiciones gratuitas del maldiciente vulgo. No necesitaba Cervantes ejecutorias de nobleza en el pensar y en sus acciones honradísimas, otorgadas por beatas andariegas. Sin necesidad de ellas resplandecía su virtud y era conocida su vida intachable y laboriosa. Desde 1584, en que se casó, pudiendo vivir tranquilamente en Esquivias, quiso deber á su trabajo personal la propia subsistencia y la de su familia. En su agitada existencia de agente particular de negocios y en el desempeño de sus cargos y comisiones oficiales por distintos puntos de Andalucía, granjeóse muchas amistades y relaciones, que conservó y renovó luego al establecer su residencia, primero en Madrid, en Valladolid más tarde.

Una de esas personas era D. Fernando de Toledo, señor de Higuales, á quien Cervantes conocía y trataba desde que vivió en Sevilla. Natural parece que visitase á Cervantes y á su familia estando en Valladolid, y se le guardasen las consideraciones debidas entre gente bien educada.

Presa Doña Andrea al mismo tiempo que su hermano, hija y sobrina, prestó una confesión, que es importantísima. ¡Qué sinceridad, verdad y sencillez revela! ¡Cómo se traspareta la nobleza de su alma en todas sus palabras! ¡Cuán ingenuamente se desmiente toda la infame fábula urdida por Isabel de Ayala!

Cervantes era visitado; muy cierto. ¡Qué cosa más natural! ¡Quién podía extrañarlo! Su hermano «era hombre que escribía y trataba negocios y por su buena habilidad tenía amigos que lo visitaban.» Aquí está descubierto todo lo que parecía malo, misterioso, enigmático y ocasionado á escándalo y murmuración á la beata maldiciente y osada. Todas aquellas visitas de caballeros á quienes ella no conocía siquiera; toda aquella gente que entraba allí con más ó menos frecuencia eran amigos suyos, poetas, literatos, escritores, ó personas que iban á encomendarle negocios, confiados en su habilidad, en su talento, en su honradez. Con sus comisiones y sus escritos vivía Cervantes. Con el producto de su trabajo intelectual y con lo que se agenciaba en sus humildes tareas, sustentaba honradamente á su familia. En aquel mismo año acababa de publicarse en Madrid su maravillosa obra, la Primera parte del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, habiendo vendido la propiedad al librero Francisco de Robles. ¡Y la alegría de aquel triunfo literario, había venido á amargarla con su villana delación la viuda del doctor Espinosa!

Pero la diabólica intención de aquella perversa mujer, no había perturbado sólo la tranquilidad de Cervantes y de su familia. Tuvo también atrevimiento para atentar contra lo más sagrado de su infamia: contra la honra de su hija, contra su misma dignidad y buen nombre de caballero. ¡Su hija amancebada con un amigo suyo, que por razón de sus negocios frecuentaba su casa! ¡La familia, el mismo Cervantes cómplices y encubridores de semejante baja! ¡Qué iniquidad más horrosa! ¡Qué monstruosidad! ¡Qué delación más incalificable! ¡Ah! Si Cervantes, hubiese sabido por qué asquerosa calumnia se les encarcelaba, con cuánta entereza se hubiera defendido! ¡Cómo hubiera pedido que se le aplicase con todo rigor á aquella miserable embustería las leyes contra los falsos testigos y delatores!

Pero ni á Cervantes, ni á su hermana, ni á su hija, se les notificó, como debió hacerse, el motivo verdadero porque se les llevó presos. El juez, atreviéndose como si fuera una verdad sagrada; á la atrevida declaración de la beata, sometió á las perseguidas mujeres á un interrogatorio empalagoso, demasiado libre y aún imprudente en ciertos momentos, como si quisiese á la fuerza que aquellas señoras decentes confesaran de conformidad con las desvergonzadas acusaciones de la Isabel de Ayala.

Bien pudo comprender el juez por la explícita manifestación de todas las presas que sólo se trataba de una calumnia. La informalidad con que se instruyó el proceso deja un vacío en estas nuevas actuaciones que es por extremo imperdonable. No consta en ninguna de sus hojas la confesión que, como preso, debió prestar Cervantes, ni se escribe tampoco la que precisamente hubo de dar Simón Mendez. Sin embargo, nos basta con fijarnos en las confesiones que se consignaron para tener la prueba plena de la inocencia y honradez de Cervantes, su hija y toda su familia.

Doña Andrea, como en el caso primero, estuvo oportuna y terminante. Hay cierto rasgo de dignidad ofendida en sus repuestas. El juez le pregunta si entraba en el cuarto de su hermano Simón Mendez, si es de continuo visita ordinaria; y ella satisficendo sus deseos, y para confundir alguna tácita reticencia, con varonil desenfado dice «que Simón Mendez había visitado á su hermano Miguel de Cervantes sobre ciertas fianzas que le había pedido que fuese á hacer al reino de Toledo para las rentas que ha tomado; y que por otro concepto no entra.»

También estuvo muy acertada en su confesión la hija de doña Andrea, doña Constanza de Ovando. El juez la interroga de manera intencionada como para que declare según sus cálculos; pero le salen éstos fallidos. Doña Constanza niega en absoluto que vaya nadie á hacer visitas á casa de su tío sino para conversar con él y tratar de sus negocios, como ha pasado con Simón Mendez. «No sabe á qué otra persona de su casa se hagan visitas.»

Pero el juez, prevenido contra aquella familia honrada, dando crédito ante todo á la hipócrita beata, insiste en preguntar con censurable insolencia y visible grosería á la joven si Simón Mendez entraba en casa de su tío «por particular amistad que tiene con Doña Isabel de Saavedra, su prima; y entonces la joven con viveza y resolución gallarda replica, como escandalizada de tal injuriosa sos-

pecha: «que no sabe que entre nadie más de á ver á su tío, ni con otra manera de visita.»

Las demás señoras presas no confirman en sus confesiones los rumores propalados por la beata. Por el contrario, todas se expresan en sentido diverso, favorables á la familia de Cervantes y á su hija. Doña Catalina de Aguilera hace constar que en el aposento de Cervantes ha entrado en días atrás Don Fernando de Toledo una vez, y que á Simón Mendez no le ha visto; aunque ha oído decir que era amigo de Miguel de Cervantes. D.^a Luisa de Ayala Argomedo dice que en el cuarto de éste ha entrado un portugués que no sabe como se llama y que también vió una vez á Don Fernando de Toledo, señor de Higales. D.^a María de Argomedo no dice más que en el aposento de Cervantes había visto á Simón Mendez y que asimismo vió allí una noche á D. Fernando de Toledo. D.^a Juana Gaitán asegura esto mismo, y respecto de Simón Mendez, añade que hacía como dos meses le había visto entrar una tarde en la casa, hablando con Miguel de Cervantes, lo cual confirma lo aseverado por D.^a Andrea respecto de los negocios que iba á tratar el Mendez con su hermano, y desvanece toda otra interpretación maliciosa ó torcida.

Peronada más concluyente para llevar al ánimo del juez, si con espíritu de rectitud procediera, la convicción de la inculpabilidad de la calumniada doña Isabel de Saavedra que su misma confesión, franca, razonada y sentida. La sagacidad del juez no pudo nada contra la sencillez de sus razones. Las sombras de la maledicencia no pudieron oscurecer la claridad de sus verdades ni la hermosura de sus actos. Doña Isabel no conocía más que de vista á Ezpeleta.

Contestando á preguntas del señor alcalde sobre las visitas que hacía en casa de su señor padre, dijo que no sabía que allí hubiese entrado ninguna persona en visita particular; que Don Fernando de Toledo había ido dos veces solas para ver al dicho su padre por amistad que tiene con él desde Sevilla, y la última vez que estuvo fué el martes 28 de Junio, por la noche, con ocasión de ir á ver al caballero Ezpeleta, y por no poder entrar en la habitación donde se hallaba á causa de la mucha gente, lo efectuó en el aposento de su señor padre.

El juez empieza entonces á sondear el ánimo de la joven para averiguar la certeza de la delación ignominiosa de la viuda deslenguada. Le pregunta si conoce á Simón Mendez, portugués, y de qué le conoce. Responde Doña Isabel que le conoce porque es amigo de su señor padre y porque iba á tratar y comunicar sus negocios con él.

Pero el señor alcalde aventura el último golpe de su audacia, creyendo anodiar á la pobre joven. Con notoria falta de delicadeza, con manifiesta descortesía, en forma poco culta, le pregunta descaradamente, contra todo recato y consideración, «si ha tenido particular trato y amistad con el dicho Simón Mendez, y le ha regalado y servido.» Ante tan ofensivo y denigrante interrogatorio, Doña Isabel contesta con noble arrogancia, con presteza serena, con elocuente laconismo, mezclado con el sentimiento producido en su alma por la insolente ofensa á su pudor, por la vileza maldita de la suposición calumniosa: «QUE LO NIEGA, PORQUE NUNCA CONTRA EL RESPETO ENTRÓ EN CASA DEL DICHO SU PADRE SIMÓN MENDEZ, NI TAL HA SABIDO NI ENTENDIDO; Y ESTO RESPONDE.» Magnífica y sublime defensa de su inocencia y honradez!

Ramón León Múñez

(1) Por la delación infame que hizo una beata que vivía en un cuarto alto de la casa donde Cervantes habitaba, procedió el juez á la prisión de once personas, á las que se hizo declarar y molestó de manera inaudita; pero el juez siguió haciéndose el sordo á las indicaciones que se referían á la taberna. Esa misma beata dijo en su declaración que «desto (de la pendencia y heridas á D. Gaspar) podrán más particularmente decir los que viven en la taberna, y otros.» Cristóbal de Villarroel siguió en su pasividad sospechosa. No hizo nada.

Infamias de la Trasatlántica.

¡GUERRA AL DELEGADO!

Sr. Director de EL PUEBLO.

Querido amigo nuestro:

La valiente campaña que contra la jesuitica Compañía de Comillas tiene emprendida, es satisfactoria para todos los obreros. En medio de los elogios que los elementos hipócritas tributan á lo que en otra nación no merecería sino la indiferencia más completa, se levanta en Cádiz una voz sincera y recta que sabe decir la verdad y defender los intereses sagrados del obrero.

Y para gloria de EL PUEBLO, hay que decirlo. En cuantas campañas ha sostenido antes ha triunfado, como triunfará en esta, porque como que solo se inspira en las quejas y en el bien de los obreros, sus razones se comprueban al fin siempre, por más que los otros interesados en sostener sus atribuciones despóticas ó sus injusticias hayan pretendido desfigurar lo dicho por el periódico de su digna dirección.

Ya no están en el Dique ni aquel inspector que tanto mortificó á los trabajadores cuando la famosa peregrinación á Roma, ni aquel Capitán, cuñado del pae Valle, que con tan groseras frases trataba á los obreros.

El uno riñó con la Compañía por mal de mores; según dicen; al otro hubo que quitarlo

del Dique y darle aire fresco en un barco para que no siguiera haciendo barbaridades.

Ahora la campaña es contra el Delegado, que tiene tanta soberbia como el antiguo inquisidor general y es tan poco urbano como el cuñado del capellán rollizo, el de la aventura diabólica de la capilla.

Y Guerra caerá; Guerra quedará hundido en el precipicio de su soberbia.

Es preciso que ese hombre expie todo lo que ha hecho tragar de bilis al obrero. Con sus formas groseras nunca ha atendido las súplicas del pobre bracero. Carece por completo de caridad. No la conoce. Para él siempre lo primero es la explotación y la mortificación del trabajador. Nunca se le ha movido el alma para buscarle algún beneficio.

Tres cosas hay que lo demuestran sin género de dudas.

La primera, las horas de trabajo; son excesivas las que se obliga al obrero á ser esclavo de la Compañía. Más de catorce horas se les tiene ocupado. Desde las 4 de la mañana en que tienen que levantarse, hasta las 6 de la tarde en que vuelven á sus casas, han de estar expuestos a todo, para ganar en su mayoría jornales de 8 ó 10 reales del cual tienen que descontar el real que se les exige por ida y vuelta en los vapores. Las condiciones en que se trabaja son penosísimas; el exceso de faenas, insufrible.

Pues bien, el Sr. Guerra no ha procurado nunca el bien del obrero; no se le ha ocurrido nunca proponer al Sr. Marqués su amo la disminución de esas catorce horas de lucha, á diez, para que resultasen 8 de trabajo, con lo cual estaría más en relación la miseria que generalmente gana.

En cambio el Sr. Delegado, que gana diariamente el jornal de 20 ó 30 jornales, sólo trabaja cuatro horas y pasa la vida en un príncipe.

La segunda cosa en que puede favorecer al obrero el delegado, y tampoco lo hace, es respecto de lo que se le exige por ir y venir diariamente de la Factoría.

Sabe él que ese tributo es odioso al obrero; le consta las muchas peticiones que en ese sentido se le han hecho; y sin embargo, se ha hecho siempre el sordo, no sabemos por qué. Algunas veces creemos que es cierto lo que han dicho algunos compañeros nuestros en números anteriores de EL PUEBLO; esto es, que no se decide á adoptar una resolución favorable al obrero, porque se perjudicaría en sus propios intereses, por ser amigo y vapor de su amo.

que su protegido Macpherson no es más que su testaferrero; y naturalmente el buen delegado (mal rayo lo parta) no quiere perder la brevíta de ganarse á solas ó á medias quince duros diarios, además del sueldo y los sobresueldos, los regalos y las glorias.

En cambio el delegado tiene cuatro vapores auxiliares á su disposición; va y viene al Dique cuando le da la gana, sin que le cueste un cuarto, y al obrero que lo parta un rayo.

Otro rasgo característico del delegado es reducir siempre todo el trabajo posible; de modo que causa muchos perjuicios al trabajador con sus manías.

Ahora, como que la mayor parte de los barcos han salido, las faenas escasean, y ya han empezado los despidos.

La semana pasada dejaron parados á 78 carpinteros; en las anteriores ya se había acordado también alguna gente, y en las próximas todavía será mayor el número de gente que quedará sin jornal y sin subsistencia.

Pues bien, á este delegado, para quien la Delegación es como un principado, no se le mueve el alma, ni procura que el trabajo se sostenga allí para sostén de 600 ó 700 familias. No se le ha ocurrido decir al marqués que mientras no haya entradas de barcos tan frecuentemente como en otros tiempos, es preciso continuar y activar las construcciones navales, á fin de que ni un jornalero siquiera quede parado.

Ningún sacrificio se impondría con esto la Compañía, pues habiendo ganado muchos millones con las guerras de Cuba y Filipinas, justo parece que gaste ahora algunos miles de duros para que no falte trabajo á los obreros del Dique. Si no lo hace la Compañía será merecedora de toda censura; pero especialmente el Delegado inepto, soberbio y tonto que sufrimos, pues él es quien primero debía prever todo esto y desvelarse para que los obreros fuesen beneficiados.

Pero está visto que á nada se decide sino á continuar su negocio del Trocadero y las barcas, bajo la dirección y patrocinio del inglés Macpherson, á quien quiere tanto Guerra, que hará cosa de un mes, reunió á todos los maestros del Dique para encargarles que cuidadito como él supiera que se hablaba mal de Macpherson, porque al que lo hiciera lo plantaba en la calle.

A Vd. sí, so guasón, á Vd. sí, piojo resucitado, á Vd. sí pelagatos, y huesped de á dos pe-

setas diarias, á Vd. sí que le van á dar el botón más pronto de lo que Vd. se figura.

Y por hoy punto.

VARIOS OBREROS.

SECCIÓN DE JEREZ

JUAN PAGA

Ya se han convencido los ilusos que creyeron al entrar en la alcaldía el Sr. Oronoz que su gestión en el Municipio había de ser algo excepcional, de que no ha habido tal cosa, y que si en algo se ha salido de lo corriente es en llevar á cabo ciertas arbitrariedades, y en querer gobernar todos los asuntos de manera caprichosa y sin tener para nada en cuenta el parecer de los demás compañeros de Corporación, que por lo visto no son para el Sr. Oronoz ni más ni menos que otros empleados del Municipio, que cobran sueldo y que no sirven más que para desempeñar los papeles que él se digna concederles.

Y lo peor del caso no es eso; pues si los señores concejales quieren aguantar esas imposiciones, con su pan se lo coman; lo grave es que en esto, como en todo, va siempre perdiendo Juan Paga, ó sea el industrial ó contribuyente, que por no tener quien defiendan sus intereses en el seno de la Corporación, ó por no estar emparentado con ninguno de los diversos caciques y caciquillos de la situación, no tiene más remedio que aguantar todo lo que le sobrevenga.

Y como consecuencia de tal desbarajuste, nos encontramos con un presupuesto donde, lejos de haberse introducido economías, se han establecido nuevas cargas, que sin razón ni explicación vienen á echarse sobre las quebrantadas y débiles espaldas de Juan Paga.

En la Administración de Consumos y arbitrios municipales, sucederá lo que se le antoje al Sr. Luqué, que suponemos no ha de ser nada que tenga relación con la igualdad y el derecho, cosas ambas que hace tiempo andan reñidas con este cacique de última hora, si es que alguna vez estuvieron en buena armonía con él.

Y... así anda todo.

Veremos cuando pasen los meses de verano, quien pone los cascabeles al gato; esto es, quien puede vivir en Jerez.

Será preferible vivir en Trebujena, aunque sea alcalde Galán.

LOS VIDRIOS ROTOS

Siempre le toca pagar á los pequeños los vidrios que rompen los grandes.

Como medida importante para sacar á flote la Hacienda Municipal del desbarajuste introducido en ella por nuestros grandes hombres del Municipio, el Sr. Alcalde ha impuesto á los pobres vendedores de agua en la Alameda Vieja, seis reales de arbitrio municipal al mes, cantidad que necesitan varios días de venta para reunirla.

Con esto y otras cosas por el estilo, seguramente se salvará la descalabrada Hacienda Municipal, pues con diez ó doce pesetejas que se recauden al mes por este concepto ya hay para tomarse algunos azucarillos.

Estos Nakers son terribles cuando empiezan á discutir y buscar medidas salvadoras.

De una plumada arreglan, la felicidad de... un vendedor de agua.

Aviso

Se hace saber, tanto al respetable público jerezano como á los señores forasteros que visiten nuestra población, que los que deseen continuar una juerga desde las doce de la noche en adelante, hora en que se cierran los despachos de vinos, pueden dirigirse á una pastelería y dos confiterías establecidas en el centro de la población, y á todas las casas de lenocinio, donde además de las mercancías propias del negocio, encontrarán grandes surtidos de vinos, licores y hasta café de máquina.

Y esto, por supuesto, en secreto; sin que se entere el Alcalde, porque pudiera ocurrir algún disgusto y mandar acostar todos los vecinos á las doce en punto de la noche.

Con caera y tó, como dice su colega en *Los aparecidos*.

LATIGAZOS

Ya parece que es un hecho la proposición hecha por un señor concejal de nuestro Ayuntamiento, de imponerle cinco pesetas de contribución á cada perro.

¿Pagarán algo los frailes?

Y no te extrañe, lector, de que haga la pregunta, pues los frailes y los perros son lo mismo sin disputa.

Según de público se dice, parece que presenta dimisión el Sr. Oronoz. No podía hacer mejor cosa, y dejarse de calentamientos de cabeza.

Pero debemos hacer constar que no recordamos que haya habido otro alcalde que haya dado más ruido.

Ni el de Trebujena.

Por eso cuando Juan

dijo con gracia y á voces: ya se nos marcha Oronoz, el alcalde de las doce.

También sabemos que el mismo concejal que hizo la proposición de la contribución de los perros, ha propuesto otra contribución para todo el que quiera sentarse en la vía pública.

Aunque no nos parece muy descabellada, creemos no se hará, por tratarse de gentes que tienen el privilegio exclusivo de estorbar siempre, sin haber quien se lo impida.

Estos son otros perros, aunque con los mismos collares.

Este asunto nos parece una gran majadería; ¿va á pagar contribución el Lebrero y compañía?

Pagarán contribución también los que monten en bicicletas.

Si todo esto se confirma, vamos á estar mejor que queremos.

Contribución por sentarse al fresco. Contribución por montar en bicicleta.

Contribución por tener un perro. Todas son contribuciones.

Y... á las doce en casa.

¡Qué harán los rayos que no caen! Y echarán contribuciones siguiendo al paso que van, por reirse, por comer, y hasta por estornudar.

Las obras de nuestro Ayuntamiento no caben ser más detestables.

Una serie de economías ridículas y otra serie de subvenciones tontísimas. Y las pagas de los jubilados, cuando Dios quiere.

¡Ay! ¡quién tuviera la llave de las pulmonías!

Sr. Alcalde, justicia; pero justicia sin guasa; justicia, mucha justicia, pero empiece por su casa.

Por fin, y con no poco trabajo, parece que han podido hacer una banda municipal.

Bien hecho; con eso nos libramos de pasar malos ratos oyendo a la del Hospicio, cada vez más infernal. Por eso nos alegramos; a pesar de que música hay bastante en el Municipio.

Por eso habrán suprimido tantas cosas que hacen falta: para comprarle uniforme a la flamante charanga.

FRAY VERDADES

Cabos sueltos

Me entero que un papel local le combate, y lo siento. Lo siento, porque para muchos, desde la memorable época del inolvidable Freire, hasta nuestros frailunos días, entre todos los alcaldes que nos han salido, es usted el mejorcito.

Si señor; pues usted con las envidiables dotes no ha hecho nada, mientras sus insignificantes conspicuos antecesores hicieron bastante malo.

Diferencia muy digna de aprecio, ya que entre que nos salga un grano maligno a un simple grano de sangre, preferible es lo segundo; si es que como parece estamos condenados a granos.

Por supuesto, Sr. Oronoz, que hago caso omiso de sus disposiciones dictatoriales, tan en armonía con los fines filipinos que persiguen las comunidades religiosas que nos tagalisan; arrojadas de acuerdo quizás con los priores ó... procuradoras que no quieren ver lo que *hierve* aquí.

Se dice que la Administración de los Consumos cerrará el ejercicio con déficit. Si fuera así, y lo será, ya lo sabrán ustedes; no ha servido para mucho el regalito de Mochales. ¿No bastan las 40.000 pesetas que le fijó como desideratum el bueno de Bertemati?

¡Memo! ¿Por qué no le pediría cien mil?

A propósito, Sr. Oronoz; ahora que tenemos a papá alcalde, digo ministro, porque alcalde ya le tenemos a usted, no vaya a ser como Bertemati cuando el ministro de Estado le preguntó por telégrafo:—¿Qué baja quiere usted en el cupo para enjugar el déficit?

De fijo se lo va a preguntar en cuanto se entere de nuestra penuria municipal.

Hay que ir pensando en la cantidad; pida usted gordo; pero pida sentado que es la mejor postura para esperar del Duque.

¿Qué no se lo preguntará?

Pues si en la actualidad nuestro pompeado diputado no tiene relaciones con los otros ministros, entonces en lo que se refiere a los intereses de Jerez ¿con quién tiene relaciones el Sr. Ministro de Estado?

¿Con los ministros plenipotenciarios?

Es verdad; nuestro conspicuo no puede ocuparse más que de *pourparlez* y de los botines; aquellos de que Blasco hizo su retrato.

¡Y que no sería sonrisita picaresca, la que en el primer saludo le concedería el ministro de Méjico!

¡Ah!, Sr. Oronoz; cambiamos de Ayuntamiento; entró usted ejerciendo de casi Corregidor; cambiamos al contador. ¡Ya ven ustedes, al contador! También cambiamos de administrador de consumos; pero de corruptelas, déficits, frailes y nulidades, no cambiamos nunca.

El boquete abierto en la vieja ma-

drona, ó lo que fuere, continúa en la olvidada cuesta de San Telmo dispuestos a perniquebrar al primer desgraciado que meta un pié en él.

Varios cilindros llenos de sulfuro de carbono explotaron en la calle Ancha. *Milagrosamente* no hubo desgracias.

¿Ha visto usted, Sr. Oronoz? A los fructíferos administradores de nuestro Matatías piadoso, les ha salido por la culata un tiro benéfico.

Con la conversión de cédulas hipotecarias en deuda exterior, apuntaron al Marqués de Casa-Pavón adquirente de las primeras, pero el tiro ha hecho retroceso, dando el proyectil en el crédito del caritativo Matatías, que hoy por hoy tiene perdidos con la operación muchos miles de pesetas.

El afán de enmendar la plana sin ton ni son suele dar este resultado. No ahondemos mucho, pues teniendo la casa santa cerca de *medio millón* de pesetas en papel del Estado, que hoy vale poco, pudieran enterarse los imponentes de la Caja de Ahorros y armar otro jollin, del que no saldrían ni ellos ni Matatías bien librados, amén de las hipotecas que no hay quien deshipoteque.

¿Será cierto?

En los últimos días de la anterior semana ha circulado con insistencia la noticia de que nuestro alcalde Máximo Oronoz I iba a presentar su dimisión, en vista del desacuerdo completo que existe entre él y los demás compañeros de Corporación.

Como *golpe de gracia* que ha venido a ahondar estas disidencias, se señala el nombramiento definitivo de Administrador de Consumos a favor

del ángel de la casa de los Luqués, y que viene a ser la última imposición del diputado por Grazalema, en provecho de los suyos.

Esta ingerencia del último advenedizo de la política liberal jerezana, trae sumamente disgustados a los individuos de dicho partido, que no ven, como es natural, con buenos ojos, que un recién llegado, cuya fe política es tan dudosa, no solo haya conseguido un puesto en el encasillado gubernamental, sino que esté haciendo mangas y capirotos de la administración municipal, cuyo jefe no tiene arrogancias más que para amolar montañeses, mientras que obedece, respeta y acata sumisamente el menor de los caprichos del diputado por Grazalema.

Todo hace suponer que la *tempestad* es *vicina*, y que si no se resuelve Oronoz I a abdicar sus derechos a la Gran Vara, se quedará solo en el Municipio con los porteros y empleados de Secretaría.

Honor ilustre debido a sus talentos nada comunes y a sus acertadas disposiciones.

Pero... ¿se irá? ¿Será verdad tanta belleza?

Se señala también como culpable de estos desbarajustes al último de nuestros Ministros de Estado, que por sus aficiones a hacer vibrar las cuerdas del violón, que maneja divinamente, tiene abandonada la política local, de la que solo es jefe para los efectos electorales y para que vayan a esperarlo a la estación cuando llega a Jerez.

Así anda ello.

Y así se explica que campe por sus respetos el inconsecuente por excelencia y distinguido apóstata político de todos los campos, Sr. Luqué.

Que por lo visto nació en viernes y

en pie, según le salen las cosas de de-rechas... ahora.

¡Quién se lo diría!

Sandeces de un Silvelista

Contra los trabajadores

El silvelista Villaverde ¡silvelista había de ser! defiende en el Congreso, echándose de economista, el proyecto que recarga la contribución territorial en un veinte por ciento; porque dice él que los propietarios del suelo pagan poco.

No lo entiende usted.

Los propietarios de la tierra no pagan contribución; (me refiero a los grandes propietarios); éstos *cobran* la renta cargando toda clase de tributos a los renteros y colonos, que a su vez la endosan a los trabajadores.

Sólo el pequeño propietario si aplica su trabajo a la tierra, es quien realmente paga la contribución.

Todo aumento en la contribución territorial equivale a una disminución en los jornales de los trabajadores del campo: de tal modo es esto verdad que si se aumentase demasiado la tributación, los trabajadores morirían de hambre.

Y no se diga que el mayor valor de los productos de la tierra compensa el acrecentamiento de la contribución, porque este mayor valor lo que hace subir es la renta, los salarios *no*.

La prueba es tangible: con trigo a sesenta reales la fanega, los jornales son los mismos que cuando valía a cuarenta.

Pero cuando vale a cuarenta los cortijos no se siembran. ¿Por qué? Porque este tipo de valor no da para pagar la renta, jornales y contribución y además la utilidad del empresario agrícola.

Esto de la propiedad privada del suelo es laberintico; nunca se acierta con la salida.

Productos agrícolas muy baratos obligan a cerrar las fronteras, para en cuanto suben volverlas a abrir, ya que la vida del pobre se hace imposible.

Sorprende oír a hombres que han sido ministros ó que aspiran a serlo, llamar seriamente *riqueza* a extensiones territoriales, confundiendo lastimosamente el término riqueza con el factor de la producción: tierra; lo mismo que si ignoraran que riqueza es el *resultado del trabajo productivo*; y nadie sabe que ningún hombre, ni toda la humanidad trabajando, haya producido tierra.

Pero ya se ve, basta que un cualquiera suelte en medio del Congreso una docena de disparates económicos para que se recojan como artículos de fé científica.

Nada, Sr. Villaverde, (con este me puedo meter porque no es ministro ni institución) suban ó bajen las contribuciones territoriales, no se consiguen resultados beneficiosos.

Si bajan, los propietarios de la tierra se guardan la diferencia en forma de renta; el trabajo no percibe nada, los salarios siguen en los límites del hambre.

Si suben, los propietarios cargan la demasia a los renteros y colonos, éstos la imponen a los trabajadores, disminuyendo los jornales.

Esta es la *gracia* que hace el barbarismo que llaman propiedad privada del suelo. Conque revótese usted y no reviente a los pobres.

Venga la salvadora declaración.

La tierra de España es propiedad en común de todos los españoles.

Lo que corresponde a la tierra por su uso en la producción de riqueza,

es decir la renta, la tomará el Estado como impuesto único y justo, para sostener las cargas públicas.

Científico, Villaverde; científico a más no poder.

H. PINA

COMILLAS SIN PRENSA

Comillas soñó siempre con tener un periódico suyo. Lo quería católico, carlista, inquisitorial; pero disimulado é hipócrita, con apariencias de neutro é independiente, y es claro de grande é inmensa circulación.

Con todo su dinero no halló un director decente; los jesuitas no pudieron proporcionárselo, no lo había entre sus adeptos.

Entonces pensó en comprar un diario de los llamados *grandes*, y poco a poco de liberal, irlo convirtiendo en jesuitico; y tampoco pudo.

Como todos se disputaban los anuncios y bombos en la Trasatlántica, y la prensa católica, hacia mayores bajezas por obtener sus pingües subvenciones, el hombre creyó cosa fácil comprar un periódico, había comprado tantos periodistas! Pero eran chirles, y ahora que necesitaba una redacción, ninguno valía para cosa de provecho.

Pensó en la prensa *nea*.

Cabalmente *El Movimiento Católico* iba en baja abandonado por el P. Cos: su director, Valentín Gomez, no sabía como salir de él honrosamente. Comillas le propuso la compra por un destino de treinta mil reales en la consabida Trasatlántica. Así ganaba el director mucho, porque el capital representado por el periódico, no rentaba tanto, y ganaba el marqués no teniendo que desembolsar un céntimo. ¡Siempre comerciante!

Pero los redactores no muy bien tratados ni pagados por D. Valentín, oliéron el pastel y propalaron la noticia en varios periódicos previendo lo que sucedió. Cubas, que había puesto cinco mil duros en *El Movimiento*, los pidió generosamente en uso de su derecho: Comillas no quiso darlos y todo se lo llevó la trampa.

D. Claudio renunció a su idea del gran periódico; pero no a la de otros más chicos. El semanario militar que hiciera cundir en el Ejército el virus carlista, le preocupaba. Recurrió al P. Sanz, quien le dijo que tenía un director, cierto periodista de última fila, que acababa de con-

vertirse con su cuenta y razón. Empezaron las negociaciones; el futuro director presentó una muestra de lo que sabía hacer.

—¡Horror!—dijo el marqués, aunque no entiendo de literatura, tan malo es esto, que ni los quintos picarán el anzuelo. Y no hallando otro director más listo, renunció también al proyecto... cuando el Ejército se había ya enterado y se preparaba a recibir el periodiquillo del modo que merecía.

Creemos que después ha pensado en uno para las criadas de servir, redactado por los *Luisas* que escriben *El Adalid*; pero ni aún para eso le sirvieron.

Derrotado, intenta acabar con la prensa independiente, causándole perjuicios en su circulación; ¡ahora que él empieza a decaer tanto!

¡Feliz anémico del cerebro!

Este es, pues, el grande hombre, el político, el banquero, el regenerador, que ni con muchos millones ha sabido conseguir lo que cualquier politiquillo, un periódico suyo.

LOS PREFERIDOS

Entre todas las preparaciones ferruginosas, las PILDORAS y el JARABÉ BLANCARD, son las más eficaces contra la Anemia, Colores pálidos. Pobreza de sangre, Liasmatismo, Escrófula, etc.: por eso estos son los preparados preferidos por los médicos, quienes los recetan siempre.

Pero este mismo éxito ha hecho nacer imitaciones y falsificaciones; por lo cual hace falta que el enfermo sepa que para tener la seguridad de tomar los verdaderos, debe exigir la firma de Blancard, las señas 40, RUE DE BONAPARTE, PARIS, y el sello de garantía.

Tomando estas precauciones, el tratamiento continuado de un modo regular será siempre eficaz.

CÍRCULO LIBREPENSADOR

PLAZA JESÚS NAZARENO

Todos los domingos, a las siete y media de la noche, celebra reunión dicha importante Sociedad.

Tiene ya abiertas dos escuelas, una para adultas y otra para adultos, donde se dan clases todas las noches.